

Geopolítica y filosofía: una ontología política de las crisis

Mariano Maure – Universidad del Aconcagua – Mendoza, Argentina –

marianomaure@hotmail.com

Antecedentes teóricos del capitalismo financiero y sus crisis

La intención del presente trabajo es pensar los alcances de la noción de “crisis” en relación con las caracterizaciones más comunes del capitalismo financiero de estas últimas décadas. Representa así una circunstancia repetida aludir a las distintas crisis atravesadas por el sistema financiero global en los últimos años y no nos parece una cuestión soslayable detener nuestra atención en identificar algunos alcances teóricos de la categoría de crisis en relación con la descripción y/o caracterización del desarrollo de esta última forma preponderante del capital.

Para llegar a este objetivo, no es nuestra intención revisar las notas conceptuales del término “crisis”, ni tampoco abstraer el concepto de la relación teórica que ha establecido desde hace décadas con la caracterización del capitalismo, por el contrario, la intención es sumar antecedentes teóricos de esta relación que nos permitan delinear con mayor claridad qué estamos diciendo cuando nos referimos a la “crisis financiera” o a “las oportunidades que brinda la crisis”, para desarrollar vías alternativas al camino trazado por el capital global.

A nuestro entender, una discusión o una mirada geopolítica puede enriquecerse con este tipo de digresiones teóricas, que nos fuercen a problematizar la afirmación fácil referida a la crisis del sistema global, o que nos muestren que la definición supuestamente objetiva del estado de “crisis” no nos exime del análisis específico de los tipos de antagonismos involucrados en ella ni de la evaluación de las nuevas perspectivas teóricas que impactan decisivamente en su caracterización.

Mucho más en este tiempo que nos toca vivir en que las concepciones teóricas sufren un arduo debate y no existe una cristalización marcada de los proyectos ideológicos en pugna. Como señala Enrique Dussel refiriéndose al lugar por ejemplo de la “Filosofía de la Liberación” en relación con la postulación en los últimos años de una poscolonialidad en el marco del epílogo de la modernidad filosófica: “han cambiado hasta tal punto las perspectivas, categorías, los planos de profundidad de la “localización” de los sujetos del discurso teórico-interpretativo y crítico, que ya no es

fácil iniciarse en el estudio, y mucho menos continuar el debate de lo latinoamericano” (Dussel, 2015)

Destacar entonces una crisis en el marco del capitalismo remite así a un lugar común que ha dejado de serlo. Debemos problematizar qué estamos diciendo cuando señalamos la presencia ineludible de una crisis, evaluar continuidades y rupturas en un capitalismo que ha modificado sustancialmente su estructura y los sujetos intervinientes en ella. Es un elemento entonces a tener en cuenta que las crisis nacidas en la misma tradición de la modernidad y el capitalismo ya no parecen remitir a las mismas cosas que hace ya casi medio siglo.

Aun así, en la línea invocada por Dussel, inmersos en una situación inducida de marcada des-localización y des-territorialización y de necesidad imperiosa de debate teórico, la geopolítica no estaría lejos de un debate filosófico que en las últimas décadas parece haberse convertido en un tipo de saber, como bien dice Chantal Mouffe, que gira “en torno a lo político”. Duro debate político parece ser el resultado de un momento histórico complejo, en el cual como vemos mucho más tendría para decirle la geopolítica al debate filosófico que al revés, la filosofía se redimiría así en el abanico plural de las definiciones políticas. Descolonización, multipolaridad, globalidad, serían entonces algunos de los conceptos a tener en cuenta desde este general aporte de la geopolítica al debate filosófico de nuestros días y al debate de caracterización de la crisis.

No obstante, si dirigimos una mirada más atenta, aunque necesariamente breve a este debate de inicios del nuevo siglo, reconoceremos nuevas líneas de interrogación filosófica que merecen ser debatidas. Ha sido un lugar común en la filosofía de los últimos ya casi cincuenta años abjurar de cualquier discurso metafísico y poner de manifiesto los alcances políticos de cualquier ontología. Lo señala por ejemplo Toni Negri cuando en el prefacio a la nueva edición de su “Descartes político” expresa que “tal como han demostrado claramente Maquiavelo, Spinoza y Marx (y tal como lo ha establecido, después de ellos, el amplio consenso filosófico que se forma entre Nietzsche y Foucault/Derrida), toda metafísica es de algún modo una ontología política” (Negri 2008) De este modo, las cuestiones referidas a los fundamentos de lo existente, mediadas por un horizonte vaciado de trascendentalidad, llevan consigo sin duda las marcas de las opciones políticas de sus autores, intervención en un mundo donde el ser

se define en la inmanencia política común. Hasta aquí estamos dentro de los marcos enunciados anteriormente.

Sin embargo, aquello que inmediatamente podemos entrever en las definiciones de Negri o de los post-estructuralistas es que al desustanciarse toda ontología, al quebrarse toda vía suprasensible, las definiciones políticas se convierten también en definiciones ontológicas, por lo cual es posible en esta vía reencontrar los horizontes de ser que hacen visibles o invisibles las opciones de poder. Sucede entonces paradójicamente que la cuestión del ser en vez de ser definitivamente archivada, toma nuevo impulso, y se acerca mucho más a las definiciones filosóficas de último cuño, en las cuales una nueva teoría del poder lo caracteriza como la capacidad para la “producción de verdad” y, por tanto, de lo que puede ser o no ser.

Es de marcada importancia por tanto al hablar de “crisis” que no estamos ante el mismo poder de antaño que operaba sobre las subjetividades ya constituidas, sino que en la virtualidad extendida que vivimos, estamos ante un poder que ha intermediado con muchísima eficacia los procesos de reproducción social y que ha generado una capacidad enorme de producción de discursividad y por tanto de generación de prácticas subjetivas. Esta característica entre otras pone en entredicho directamente los alcances que pueda tener hoy una crisis financiera global, no porque no ponga en crispación los mismos cimientos del sistema, sino porque ya no se hacen presentes con facilidad los sujetos ya constituidos del sistema de relaciones de producción del viejo capitalismo.

Por tanto, nos preguntamos invirtiendo los términos que ya habíamos mencionado: ¿no será que hoy la “ontología política”, tal como la llama Toni Negri, tiene mucho para decirle a la geopolítica? ¿No necesitamos con premura una caracterización profunda de las nuevas formas de reproducción social adoptadas por el capitalismo de nuestros días para poder abordar con justeza un panorama de lo que implican “las crisis del sistema”? Por último ¿no seremos muy ambiciosos al proponernos hablar de crisis y geopolítica, al dedicarnos a promover la necesidad de delinear un proyecto que sea capaz de trazar las líneas fundamentales de una “ontología política de la crisis”?

Centralidad de los Grundrisse

No se equivoca Negri cuando señala con pomposidad a Marx como uno de los antecedentes primarios de esta perspectiva de investigación de las crisis del sistema mundial. Y es en la centralidad hoy acordada a los Grundrisse en el pensamiento de Marx, donde encontramos una primera formulación y quizás el surgimiento del planteo de la necesidad de abordar una “ontología política de la crisis”.

Marx en las partes finales de su famoso cuaderno “M” sobre el método dialéctico, define lo que será en lo sucesivo el plan provisorio de su obra de caracterización de la totalidad concreta que es el modo de producción capitalista. En este plan, que es un plan de definición categorial progresiva, entre las que está por supuesto el capital, la quinta y última parte está enunciada como “5) El mercado mundial y las crisis.” (Marx, 2011)

Podríamos señalar sobre este punto muchísimas características que tienen que ver con el desarrollo del pensamiento de Marx, sus reformulaciones posteriores de este mismo plan y su posterior grado de cumplimiento, pero nos vamos a detener sólo en dos que se relacionan a nuestro entender directamente con lo que estamos planteando. En primer lugar, y salta a la vista, la enunciación del término crisis es una determinación categorial del mercado mundial, no está allí como una adjetivación posible o como un término añadido a la definición del mercado mundial, así como anteriormente había mencionado la forma Estado (parte 3) y se refiere a los impuestos, el crédito público o la población; o en el caso de las relaciones internacionales (Parte 4) habla por ejemplo de la división internacional del trabajo. En el mercado mundial la caracterización única y particular es las crisis, es decir que las crisis son ya una caracterización categorial específica propia de una nueva totalidad compleja que es el mercado mundial. Podríamos hablar entonces de una identificación primaria por parte de Marx de una “ontología política de la crisis”, aunque nunca llegó a desplegar un verdadero desenvolvimiento categorial sobre ella.

Una segunda característica en relación con lo anterior es que si bien este plan se reformula varias veces hasta alcanzar al final de la redacción de los Grundrisse en 1858 su forma casi definitiva, las tres últimas partes referidas al estado, las relaciones internacionales y el mercado mundial permanecen inalteradas en todas las elaboraciones posteriores. Señala Dussel respecto a esto: “De esto se puede concluir, simplemente, que no cambiaron estas tres partes porque nunca fueron objeto de un estudio

científico”(Dussel, 1985) por parte de Marx sino seguramente podríamos decir que se habrían modificado, como sucedió con las tres primeras.

Nosotros agregaríamos que de acuerdo a las totalidades concretas construidas por Marx, donde por ejemplo la determinación capital abarca como forma concreta al valor, a la mercancía y el dinero, también podríamos señalar que la forma crisis propia del mercado mundial engloba a las relaciones internacionales y lo que es más importante para nosotros a la cuestión del estado nacional. Por tanto entonces, aunque es obvio vale la pena aclararlo, las tres determinaciones que Marx no pudo desarrollar teóricamente, son las que se proyectan al futuro del desarrollo del capitalismo, y están marcadas según podemos ver por las crisis del mercado mundial, las cuales marcan decisivamente las relaciones internacionales y la vida propia de los estados nacionales. Una ontología política de la crisis parece ubicar como una primera cuestión indispensable el tipo de relación establecida entre las totalidades concéntricas del estado nacional y el mercado mundial.

En verdad la articulación del plan de trabajo de Marx en el cuaderno introductorio de los “Grundrisse” y sus sucesivas reelaboraciones giran tanto en los mismos “Grundrisse” como posteriormente en “El Capital” alrededor de una problemática fundante para Marx que es el funcionamiento de la ley del valor en el sistema capitalista. Como ya sabemos los Grundrisse presentan diferencias frente a lo que será luego una articulación más rígida categorialmente en “El capital”. Entre otros cambios, en la definición de estos elementos fundamentales de la economía política el primero que salta a la vista es la discusión de la ley del valor a partir de la función social del dinero.

Dice Marx en los “Grundrisse”: “Dado que la cambiabilidad de la mercancía existe fuera de la mercancía misma bajo la forma de dinero, ella se ha convertido en algo distinto de la mercancía, extraño a la misma, algo con lo cual la mercancía debe ser primeramente equiparada, algo con respecto a lo cual es desigual. Pero la propia equiparación pasa a depender de condiciones externas, deviniendo por lo tanto fortuita” (Marx, 2011). Esta oscilación constante entre el valor generado en el ámbito productivo y su transformación en dinero, como poder independiente y autónomo de los mismos productores es el germen principal de la definición de la ley del valor en el sistema

capitalista. No existe la equiparación real entre valor y dinero, porque el dinero es una función social, y la unidad de lo diverso es siempre un artificio producido socialmente.

Por tanto, la oscilación constante de la ley del valor, situada en el sistema capitalista, más allá de la comunidad productiva, y que encuentra su función social únicamente a través del dinero, como expresión unitaria de la cambiabilidad de la mercancía nos indica dos cosas fundamentales: por un lado, contiene en germen, en forma permanente, la posibilidad de la crisis, es más podríamos animarnos a decir que la distancia que opera el dinero en la expresión del valor en el sistema capitalista podría ser definida como la operadora de las crisis. En nuestro sistema-mundo, la totalidad del mercado mundial y las crisis se reproducen en esa distancia.

Por otro lado, Marx señala con muchísima claridad el carácter fortuito de la equiparación. Es decir que el dinero como relación social por excelencia del sistema capitalista reenvía, aunque de forma perversa, la definición del valor a su propio seno, al tipo de regulación que se establece sobre el antagonismo social, allí está el criterio que permite mantener en línea la gestión de la equiparación social que propone a través del dinero el sistema capitalista.

Teniendo en cuenta esta correlación entre dinero y crisis, Toni Negri va a concluir sus reflexiones sobre esta parte de los “Grundrisse” diciendo que: “sigue siendo el dinero el que muestra, al presentarse como dinero, en cuanto “abstracta sensualidad”, el camino que recorre el poder de mando capitalista sobre la sociedad para sobredeterminar continuamente la oscilación de la explotación. El dinero nos permitirá comprender cómo el plusvalor se consolida en poder de mando social, cómo el hecho de gestionar el poder de mando sobre la crisis es la situación normal del capital” (Negri, 2001)

Por tanto, la ley del valor en su relación diferencial con el dinero determina el horizonte del capital como oscilación constante que contiene en sí su expresión como crisis. La crisis desde esta perspectiva es la forma de valorización del capital, la forma externa constante por la cual los capitalistas se apropian de la valorización. El dinero representa así el “golpe de mano” externo que actúa sobre el trabajo vivo generador del plusvalor. En este sentido podemos llegar a una primera definición de crisis como forma de apropiación de la valorización que tiene el capital.

Ahora bien, este planteo está muy bien caracterizado por ejemplo por nuestro enorme José Arico, cuando en sus “Lecciones sobre economía y política en el marxismo” dice: “Marx analizó la posibilidad y la necesidad de la crisis del sistema capitalista y es este mecanismo de reproducción simple el que pone en movimiento todo el sistema de afirmaciones a escala social global de la forma de valores; la crisis es innata, está inserta en la propia forma de valores” (Arico, 2011). Parafraseándolo, mientras haya capitalismo habrá crisis, se trata por tanto de una relación interna al mismo capitalismo.

“Gestionar el poder de mando”

Teniendo en cuenta estas observaciones, debemos detenernos más profundamente en esta idea de Negri que señala que “gestionar el poder de mando sobre la crisis es la situación normal del capital”. Indudablemente está basada en el texto de Marx acerca del carácter fortuito de la equiparación entre dinero y producción. En este caso, parece ser que no sólo podemos referirnos a las formas de reproducción simple del capital sino también extendernos a sus formas de reproducción ampliada como otras tantas formas de desenvolvimiento de las crisis.

Y atendemos así entonces al desenvolvimiento categorial de las crisis, de ser un elemento constante en la perversa representación que el dinero hace del valor, pasamos ahora a la negación de las crisis, es decir, a las distintas totalidades concretas que más allá del capital permiten mantener en un cauce adecuado los movimientos de ese mismo capital. La primera totalidad que se emparenta con la negación de la crisis es la forma del estado-nación. Quizás sólo valga la pena recordar aquella frase de Braudel que cita Negri en “Imperio” y que dice “el capitalismo sólo triunfa cuando llega a identificarse con el estado, cuando es el estado” (Negri, 2002).

Sin embargo, no hace falta detenernos aquí en una larga caracterización de la importancia de la consolidación del estado-nación para el modo de producción capitalista ni vamos a intentar recorrer la larga historia de la forma estado-nación y sus etapas hasta llegar al siglo XX, simplemente queremos rescatar esta relación que hace al desenvolvimiento de la categoría de crisis, pretendemos entender el estado a partir de este pasaje.

Podemos acercarnos a un par de referencias fundamentales para entender hoy qué representa el estado-nación para la “gestión de mando” del capital. Primero una referencia casi obvia de lo que puede llamarse la caracterización típica de la globalización que se ha vuelto común en las tres últimas décadas: asistimos a una declinación de la capacidad articuladora del capital por parte del estado-nación, del cual podemos esperar su desaparición progresiva, de la mano de su subordinación necesaria al capitalismo transnacional y financiero que es el único actor con escala suficiente para operar a nivel global. Desde esta perspectiva la idea de soberanía propia del estado nacional es hoy más un obstáculo que un beneficio para la transnacionalización definitiva de la economía mundial.

Pero mantengamos la mirada del estado nacional desde la perspectiva de la crisis, para poder visualizar si se comprueba efectivamente la desarticulación definitiva de la forma estado nacional, es decir, para nosotros, la declinación de su capacidad para articular la negación de las crisis.

Tomemos como segunda referencia aquello que con gran justeza señala José Aricó con respecto a la crisis de 1929: “Pero lo que la Internacional Comunista no advertía era el hecho novedoso, puesto de manifiesto por la crisis de 1929, de que la tendencia del capitalismo a introducir la reglamentación y el control de la economía no representaba simplemente cambios tácticos para ajustar el mecanismo anárquico del mercado capitalista, sino una intervención directa del Estado no ya en la circulación de bienes, sino en la reorganización social de la producción.....El Estado aparecía como el gestor directo en el terreno político y en el terreno económico del proceso de producción del capital y no simplemente de la distribución de los bienes” (Aricó, 2011)

Por un lado aparece aquí claramente enunciado el papel de un estado que para superar la crisis se convierte por primera vez en gestor económico directo en el proceso de producción del capital. El avance del comunismo había provocado un cambio profundo en el papel jugado por los estados nacionales hasta ese momento y la Internacional Comunista paradójicamente no acertaba en la caracterización que significaba, de la mano de una nueva configuración estatal, la superación de la mayor crisis en la historia del capitalismo.

Por otro lado, este nuevo papel acordado a los estados nacionales en la gestión de las crisis, ¿no es acaso el modelo de estado que empieza a desarticularse a partir de la

década de 1970 y que va a culminar con el planteo de negación del estado del Consenso de Washington? De este modo, podemos plantear aquí que aquello que se intenta desarticular en los noventa no es el estado nacional mismo sino esa función articuladora de la economía que había asumido desde la década de 1930.

Por tanto, debemos preguntarnos si a partir de esta nueva modificación de la función estado planteada por el auge neoliberal, esto significa que el desarrollo del capitalismo financiero implica la progresiva desaparición o extinción del estado-nación, ¿no se acomodará mejor la idea de que la crisis financiera de las primeras décadas del siglo XXI implican una nueva modificación de funciones del estado nación? ¿dónde acomodar sin el estado-nación la gestión concreta de la desigualdad social? ¿cómo mantener la ficción ordenadora de la democracia sin el estado?

Estas preguntas casi retóricas implican desde nuestra perspectiva dos tipos de definiciones básicas de la forma de soberanía estado-nación a partir de la categoría de crisis y que más que definiciones representan mejor hipótesis o aperturas de ámbitos de problemas que necesitan seguir desarrollándose.

Por una parte, las nuevas formas de soberanía desarrolladas por las redes del capital global, no implican el desprecio absoluto por las formas de soberanía tradicionales del estado-nación sino que las resignifican. Tanto la función de atender determinados circuitos de la reproducción social, como continuar brindando el marco jurídico y político, cada vez más deteriorado, para el desenvolvimiento de la legitimación democrática del ejercicio del poder, son tareas ineludibles de control social que el capital global deja de lado y que en muchos casos continúan funcionando como el único marco de comprensión social para millones de personas. En un marco de deslegitimación constante y a la vez de creciente deterioro del cumplimiento de mínimas normas sociales, los estados nacionales redefinen su relación desigual con el capital global, sin que aparezcan nuevos tipos extendidos de legitimación social que reemplacen las antiguas instituciones disciplinarias.

Por otro lado, las crisis no sólo no extinguen la necesidad del estado-nación sino que además lo definen desde sus mismos inicios como el modo más inmediato de asumir la regulación política de las crisis, en algunos periodos de forma más extendida y productiva, en otros de manera mucho más restrictiva y reducida. Aunque sea integrado al capital global como un poder de emergencia, las formas cada vez más inútiles del

estado nacional pasan por ser a veces las prácticas más cercanas y reales para los sujetos inestables del capital global.

Por consiguiente, el gran desafío es acertar en la caracterización del tipo de relación que establecen hoy por hoy la transnacionalización del capital y la negación de la crisis propia del estado nacional. Parecen seguir necesitándose mutuamente, parece que la gestión de mando que articula la crisis no puede desprenderse con facilidad de la forma estado-nación, la negación de una regulación política de la crisis no parece implicar su desaparición.

Las crisis viven por sí mismas

¿Pero entonces la “gestión de mando” que planteaba Toni Negri, tan necesaria para equiparar los desequilibrios de la valorización del capital, está expuesta a ser una acción tan limitada e ineficaz como lo marca la negación de las crisis que representa el estado nacional? ¿Son las redes transnacionales del capital, con sus fondos de inversión y sus extendidos medios de comunicación mecanismos insuficientes para asegurar la reproducción ampliada del capital? ¿Se han demostrado por tanto las redes globales del imperio medios incapaces para resolver las crisis del mercado mundial?

Volvamos a Marx cuando en los mismos Grundrisse señala: “En el mercado mundial, el nexo del individuo con el conjunto, pero al mismo tiempo también la independencia de este nexo respecto a los propios individuos, se han desarrollado a un nivel tal que su formación contiene ya simultáneamente la condición de su superación” (Marx, 2011)

Así según Marx es en el mercado mundial donde termina de cerrarse el círculo del “fetichismo de la mercancías”, máxima ajenidad y autonomía del mundo de las cosas frente a los individuos. En su mismo desarrollo el dinero, el capital, devenido en mercado mundial ha independizado de tal manera las condiciones de la crisis que los individuos mismos enfrentan sus relaciones materiales como algo totalmente extraño a ellos. Por tanto, podríamos atrevernos a decir que la gestión de mando de las crisis se ubica a tanto resguardo como a distancia está del proceso productivo particular de los individuos.

Tengamos en cuenta desde ya que esta distancia para Marx, este nexo social creado a través del dinero y que se independiza cada vez más de los individuos “crea,

por primera vez, al mismo tiempo que la universalidad de la enajenación del individuo frente a sí mismo y a los demás, la universalidad y la multilateralidad de sus relaciones y de sus habilidades” (Marx, 2011). Marx visualiza que la distancia que va generando la equiparación, termina por desprender las facultades individuales del proceso productivo mismo, generando las condiciones para que los individuos se hagan cargo por primera vez con verdadera autonomía del futuro de su propia comunidad productiva.

Sin embargo, debemos además tener en cuenta que Marx preanuncia cambios también con respecto al trabajo productivo mismo en el desarrollo capitalista indicando que el trabajo obrero industrial deberá volverse a partir de cierto momento un elemento secundario, así cuando el capital haya subsumido a la sociedad, el trabajo productivo deviene trabajo inmaterial, cooperativo. Sólo a partir de estas condiciones la crisis se hace definitiva, a través de individuos libres que son capaces de construir una comunidad de iguales a partir de suprimir la autonomía del proceso económico que plantea el capitalismo. Paradójicamente, Marx plantea la profundización de la crisis al mismo tiempo, como una consecuencia del desarrollo del capitalismo, pero no estrictamente de sus condiciones económicas sino a partir del nexo social y productivo que ha ido desarrollando.

Sin negar estas hipótesis de Marx que constituyen una de las respuestas más acabadas a lo que debe ser una profundización de la idea de las crisis del mercado mundial, es menester detenerse en esta idea que Marx deja abierta que es el desarrollo de la individualidad. Y es, sin duda, Foucault el umbral teórico que permite tematizar esta modificación en las vías reproductivas del capital desde el punto de vista del ejercicio general del poder en la constitución de la individualidad.

El desarrollo del capitalismo y su negación de las crisis llegaron a perfeccionar tanto los mecanismos de reproducción social y política que lograron invertir el paradigma de la subjetividad, la cuestión central desde esta perspectiva es la idea foucaultiana del ejercicio del poder como “producción de subjetividades”, como la capacidad de multiplicar las respuestas subjetivas a partir de la proliferación de discursos. Es un nuevo giro copernicano a la manera kantiana, el poder ya no opera en el disciplinamiento de subjetividades ya constituidas en el ámbito productivo, sino que a través de su interacción global y de su virtualidad extendida “produce” las respuestas subjetivas y lo que es más grave las conciencias.

Como señala Toni Negri en “Imperio”: “los grandes poderes industriales y financieros producen, entonces, no sólo mercancías, sino también subjetividades. Producen subjetividades que a su vez son agentes dentro del contexto político: producen necesidades, relaciones sociales, cuerpos y mentes, lo que equivale a decir que producen productores. En la esfera biopolítica, la vida debe trabajar para la producción y la producción para la vida” (Negri, 2002)

A partir de esta “producción de subjetividad”, nuestra hipótesis es que en la época de la transnacionalización del capital, las redes globales del capital financiero son capaces como nunca antes de acometer la negación de la negación de las crisis, es decir, de autoafirmarlas como la misma vida del sistema. Esto significa operar con una amplitud nunca antes vista sobre el escenario múltiple de la reproducción social, borrando casi por completo las causas generadoras de las crisis, sometiendo casi sin fisuras los antagonismos sociales que implicaban su derivación en la profundización de las crisis.

Para terminar entonces, las crisis como intrínsecas al sistema capitalista, reguladas por el estado-nacional y reproducidas sin fisuras a nivel del mercado mundial, evidentemente no ofrecen ilusiones de que como decía Marx “se produzca el diluvio”, ¿no brindan por tanto oportunidad alguna para pensar un escenario superador del capitalismo?

A nuestro entender, dos opciones de profundización de la crisis quedan delineadas, aunque las dos implican en este marco de consolidación del poder financiero mundial una respuesta de carácter político. En el caso de la propuesta de Marx de individuos libres, a partir del desarrollo interno y total del capitalismo, con capacidad para pensar un proceso económico ya no independiente de las necesidades de los sujetos, es una idea que puede desarrollarse sobre todo a partir de la crisis financiera que alcanza de modo directo a los países más desarrollados.

La otra propuesta posible es todavía pensar ciertos márgenes de la subjetividad “exteriores” a la acción de los poderes globales, desechados y marginados por esos mismos poderes, que como dice Enrique Dussel desde “la *exterioridad* de su subjetividad (en la economía la “corporalidad del trabajo vivo” en Marx, anterior a la subsunción del capital) es el punto de partida.” ¿Punto de partida para qué? Para generar el proceso político “donde a la identidad del orden vigente se le enfrenta desafiante la

diferencia” (Dussel, 2015) Podemos pensar así que las crisis crean un exterior cada vez más extenso, aunque también cada vez más difícil de desarrollar por las mismas políticas de regulación de la vida puestas en marcha por el capitalismo.

Tanto en uno como en otro caso urge pensar los modos de encarar el pasaje dialéctico de las crisis del mercado mundial a la superación del capitalismo. Mientras, una ontología política de la crisis nos muestra cómo las crisis del sistema develan su avance imperturbable, el poder demoledor del nexo social dinero en su extensividad virtual, el poder más ajeno que nunca que se vuelve sobre las necesidades humanas y condiciona su casi eterna desigualdad. Mientras, debemos visualizar bajo qué condiciones, los procesos políticos expresan el relanzamiento de los antagonismos sociales, como modos de profundización de las crisis, más allá de las pegajosas y omnipresentes telarañas que teje y desteje el capital.
